

---

## Capítulo XL.

---

Desaparición de un capitán y ocho marineros.

A pesar del esforzado valor de todos los que acompañaban al almirante, sintieron vivos deseos de volverse á bordo, y así lo hicieron.

Pero Colon con unos cuantos anduvo dos leguas en un bote costeano la isla, y gracias á este viaje explorador halló al anochecer un puerto bastante cómodo.

La isla se extendia por aquella parte más de veinte leguas, erizada de altas montañas y cubierta de llanuras espaciosas y verdes valles.

De cuando en cuando entre las arboledas, y al pié de los arroyuelos, se veian pequeños lugares formados por chozas, y sus habitantes huian amedrentados al ver la magnífica escuadra que se balanceaba cerca de ellos sobre las ondas del mar.

Los navegantes habian hallado un puerto seguro, y allí pasaron la noche.

Al dia siguiente dispuso Colon que algunos capitanes desembarcasen con algunos hombres, y tomaran distintos caminos á fin de explorar la isla y de llegar á adquirir relaciones con sus habitantes.

Ojeda fué uno de los que salieron al frente de unos cuantos hombres á cumplir esta órden.

Diego Marquez, esforzado capitán que se habia distinguido mucho en las guerras contra los moros, y habia sido destinado por los reyes para formar parte de los navegantes, fué uno de los jefes que llevaron á cabo el propósito del almirante.

Cada cual por distintos lados, aunque sin separarse mucho, recorrieron la isla sin apartarse de la costa, y á la tarde volvieron con un niño y varias mujeres.

De estas habian podido apoderarse por sorpresa, pues sus esposos, al ver cerca de sí á los extranjeros, confiaron su salvacion á la fuga.

Uno de los indios de Guahanani que acompañaba siempre á Colon en calidad de intérprete, habló con aquellas mujeres, y por las noticias que dió á su amo coligió éste que se hallaban en una de las islas caribes.

Supo además que los habitantes de aquella se habian coaligado con algunas de las más próximas, y juntos invadian de cuando en cuando las demás, exterminando á sus moradores y apoderándose de sus bienes y sus mujeres, que llevaban como esclavas á su isla.



Sus ligeras canoas, únicas embarcaciones que conocían y empleaban en sus expediciones, podían recorrer hasta ciento ó ciento cincuenta leguas en medio del mar sin que jamás zozobrasen.

¡Tal era la pericia de aquellos hombres para desafiar con tan endeble barquilla la furia de las olas!

Las mismas mujeres que cayeron en poder de los europeos iban armadas con arcos y flechas.

Estas tenían las puntas formadas por espinas de peces, y estaban además envenenadas con el jugo de algunas yerbas ponzoñosas.

Al volver los caribes de su expedición, solían llevar consigo, además de las mujeres, hombres que destinaban á sus festines con una alegría sin igual.

La narración del indio de Guahanani, de resultados de la conversación que había tenido con los primeros sobrecogió algún tanto á Colon, más que por nada porque todavía no había regresado de su viaje explorador el capitán Diego Marquez, ni los ocho hombres que le acompañaban.

No dudaba Colon que desde su embarcación, disparando las lombardas sobre aquellos habitantes, no tardarían en hacerlos huir si por acaso volvían en grandes masas á desafiar á los que consideraban como sus enemigos.

Por este lado no tenían recelo alguno.

Pero no podía ménos de sentir que un soldado tan bizarro como Diego Marquez, que era además capitán de una de las carabelas, hubiese sido víctima de la voracidad de aquellos salvajes.

De todos modos, mandó tratar muy bien á los prisioneros para que pudieran en su día dar acerca de ellos los mejores informes á sus compatriotas y aguardó á bordo con gran impaciencia el regreso de Marquez y los suyos.

Trascurrió un día y no se presentaron.

—¿Se habrán perdido?—exclamaban algunos.

—¡Oh, no! son buenos náuticos,—decía Colon,—y tan expertos que fácilmente sabrían volver guiados por las estrellas á falta de otros indicios.

—Pues en ese caso,—dijo Alonso de Ojeda,—permítidme que vaya á buscarlos con algunos otros hombres. Parece una temeridad, pero es necesario hacer una tentativa, porque al fin y al cabo tenemos el deber de ampararles, y en todo caso de castigar á los que se hayan atrevido á injuriarles.

Dispúsose para el día siguiente la formación de varias partidas, con el fin de que cada una, con un trompetero que diese las señales necesarias, saliese en busca de aquellos nueve hombres.

Al mismo tiempo se dispararon desde los buques cañonazos, y algunos de los tripulantes bajaron á las playas á disparar sus arcabuces.

Nada se consiguió sin embargo.

Por la noche volvieron las partidas que habían salido, fatigadas y en el mayor desaliento, porque no habían hallado rastro alguno de sus hermanos.

Durante aquella expedición habían registrado muchas chozas, en las que hallaron pruebas del antropofagismo de los indios.



Habia miembros humanos curándose al sol, sin duda alguna para calmar más tarde el hambre de aquellos caníbales.

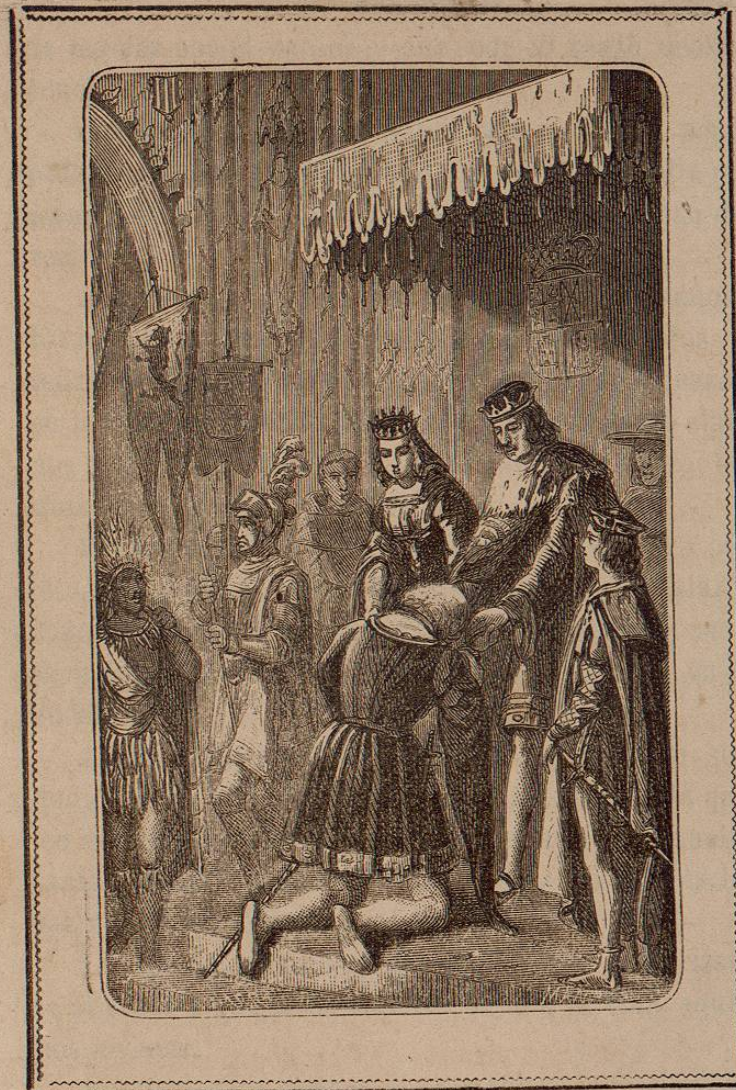
Asimismo vió Ojeda en una choza la cabeza de un jóven desangrándose todavía, y al fuégó, en una especie de sarten que habian abandonado á su llegada los moradores de la choza, los restos de un cuerpo, mezclados con carne de gansos y de loros.

Al sentimiento que producía en Colon la desaparición de sus compañeros, se unía su indignación natural, puesto que de no haber perecido, habian desobedecido sus órdenes, habian faltado á las prescripciones que les habia hecho ántes de partir, y sólo por eso se encontraban perdidos.

La creencia de que hubieran sido víctimas se arraigó más y más en los navegantes al ver que durante el día y cuando cesaron los disparos, se presentaban en la playa muchos indios; pero apenas escuchaban el estampido de las lombardas, huían des-pavoridos á refugiarse en los bosques.

Algunas mujeres se acercaron á la orilla del mar, y en las demostraciones que hacían daban á entender que eran cautivas de los naturales del país.

Colon mandó que fuesen barcas á buscarlas, y al llegar á su lado dispuso que las adornasen con cascabeles y las entregasen cuentas de vidrio y sartas de abalorio, y una vez engalanadas con estos atavíos, mandó que volviesen á la playa, encargándoles que dijesen á los caribes que venían deseosos de paz, que su anhelo era protegerlos y ampararlos colmándoles



CRISTÓBAL COLON.—Denme vuestras majestades las manos para besarlas.



de regalos por el estilo, y que por lo tanto debían acudir allí como amigos.

Fueron, en efecto, á cumplir este mandato; pero poco despues se presentaron de nuevo en la orilla pidiendo amparo, y sin los atavíos que acababan de recibir.

Aquella vez dijeron las mujeres que sus amos, los indígenas, les habian robado aquellos objetos y refirieron que habia muy pocos hombres á la sazón en la isla, porque casi todos ellos habian salido algunos dias ántes con el rey en diez canoas, á visitar las islas inmediatas en busca de botín.

Pero cuando los hombres se alejaban con este objeto, las mujeres se quedaban á defender la isla, y competian con ellos en el manejo de las flechas, en el espíritu aventurero, en el valor, en la fuerza, en la audacia.

Algunas de aquellas pobres mujeres dieron sin duda noticia á las demás de la afectuosa acogida que los extranjeros les dispensaban, puesto que aquella tarde y aquella noche acudieron otras muchas esclavas y algunos jóvenes cautivos.

Los navegantes no pudieron ménos de horrorizarse al saber á qué circunstancia debian la vida aquellos jóvenes.

En efecto; los caribes, al caer sobre cualquiera de las islas que visitaban, se apoderaban tambien de los niños, y tenian la crueldad de mantenerlos á su lado, de engordarlos, para devorarlos cuando estuvieran



CRISTÓBAL COLÓN.—Dando refugio á los indígenas que le traían de las islas.



completamente desarrollados y en sazón de satisfacer su voraz y bestial apetito.

Para que sus carnes fueran más tiernas y más sabrosas, les sometían á operaciones crueles.

¡Cuán distinto cuadro se ofrecía á los ojos de Colon en aquella isla de lo que había visto en la de Haití!

Vivos deseos se despertaban en su alma de bajar con sus hombres á la playa á acabar de una vez con aquella raza maldita que tanto daño producía en torno suyo.

Pero si tal hacía, si aquellos hombres, acostumbrados á la guerra, diestros conocedores del país y poseedores de envenenadas flechas, diezmaban sus filas, no realizaba el pensamiento de los monarcas, no realizaba su propio pensamiento, y mal de su grado tuvo que renunciar á aquella empresa infructuosa, acaso desgraciadamente, porque no hubiera acabado con todos los caníbales.

Quiso partir; pero ¿cómo continuar la marcha dejando en poder de aquellas fieras á sus compañeros? Y por otra parte, ¿cómo detenerse cuando debía esperarle con ansia la guarnición que había dejado en la Española?

Pensó dejar una de las embarcaciones á la orilla para que aguardase la vuelta de Marquez y los suyos, pero renunció á este propósito por temor de que la embarcación entera fuese presa de los caribes.

En medio de estas dudas, se presentó de nuevo á Colon Alonso de Ojeda.

—Deseáis partir,—le dijo,—y teméis condenar á muerte con vuestra partida á nuestros amigos y á nuestros hermanos? Pues bien; la exploración de ayer ha sido infructuosa. Concededme á mí solo el mando de cuarenta hombres, y yo me ofrezco á penetrar con ellos hasta el interior de la isla, á registrar todos sus bosques, todas sus cuevas, hasta hallar á los que buscamos.

Colon aceptó este generoso ofrecimiento, y resuelto á partir de un modo ú otro cuando volviera, empleó el tiempo que debía trascurrir en su nueva expedición abasteciendo de agua y leña las embarcaciones.

¿Habían perecido Marquez y los suyos á manos de los caníbales?

Sigamos á Ojeda en su arriesgada empresa y lo sabremos.